

mar una resolución. Hasta aquel momento el emperador se había impuesto el deber, desde su salida de Chalóns, de no intervenir de ninguna manera en las disposiciones y resoluciones del general en jefe, á quien había cedido el mando; pero en aquel instante decisivo, cuando ochenta mil hombres parecían destinados por una fatalidad inaudita á morir sin lucha, se acordó de que era emperador y responsable de tantas vidas, y de que no podía dejar degollar á su vista á hombres que podían todavía servir posteriormente á la patria. Envió, pues, á uno de sus ayudantes á la ciudad para enterarse de la situación. Costó al ayudante mucho trabajo llegar, pues las calles y hasta la misma ciudadela se hallaban atestadas de soldados que se habían refugiado allí. A su regreso confirmó lo dicho por los generales. En su consecuencia, envió el emperador al general Lebrún para decir á Wimpffen que pidiera una suspensión de hostilidades á fin de recoger á los heridos y reflexionar sobre lo que convenía hacer. Viendo que Lebrún no volvía y que el número de las víctimas se iba aumentando incesantemente, se decidió el emperador bajo su responsabilidad á mandar izar la bandera de parlamento, comprendiendo todo el peso de su acto y previendo las acusaciones que se lanzarían contra él. La situación se presentaba á su vista con toda su gravedad, y un recuerdo de un pasado glorioso aumentó la amargura y el contraste entre aquel pasado y el presente. ¿Cómo consentir que el ejército de Sebastopol y de Solferino depusiera las armas? ¿Cómo hacer comprender que cuanto más numerosas eran las tropas condensadas en un espacio estrecho, tanto mayor había de ser la confusión y menor la posibilidad de restablecer el orden indispensable para la lucha? El crédito que el ejército francés gozaba con razón, iba á desaparecer de un solo golpe; y el emperador, que no había tomado parte alguna en las resoluciones adoptadas, iba á quedar á los ojos del mundo como único responsable de la desgracia sin ejemplo y de todos los desastres de la guerra. Para que no faltara nada que hiciese más grave la situación en aquella hora fatal, el general Wimpffen envió su dimisión al emperador, de suerte que el ejército disuelto estaba amenazado de encontrarse sin jefe ni dirección, justamente cuando se necesitaba la mayor energía para establecer un poco de orden, á fin de tratar con el enemigo con mayor esperanza de sacar algún resultado. La dimisión no fué aceptada y el general comprendió que su deber le obligaba, después de haber mandado durante la batalla, á no abandonar su puesto en circunstancias tan críticas. Mientras se estaba izando bandera de parlamento, un oficial prusiano pidió ser conducido al cuartel general, y se supo por él que su soberano se hallaba delante de las puertas de la ciudad é ignoraba que Napoleón se encontrara en Sedán. En esta situación creyó el emperador que lo mejor que podía hacer era escribir directamente al rey. Los periódicos habían dicho tantas veces que el rey de Prusia no hacía la guerra á Francia, sino al emperador, que éste se hallaba convencido de que, desapareciendo de la escena y entregándose en manos del vencedor, obtendría condiciones menos duras para el ejército, dando ma-

yores facilidades á la regente para hacer en París la paz. En su consecuencia, envió á uno de sus ayudantes al rey de Prusia con una carta en la cual decía: «Señor y hermano: No habiendo podido morir en medio de mis tropas, sólo me resta entregar mi espada en manos de V. M. Soy de V. M. su buen hermano. Napoleón. Sedán 1.º de septiembre de 1870.»

No hallándose autorizado el general Reille, portador de la carta, para entrar en negociaciones, el rey Guillermo le entregó esta contestación: «Mi señor hermano: sintiendo las circunstancias, acepto la espada de V. M. y le suplico autorice á un oficial, provisto de poderes, para tratar sobre la capitulación del ejército que tan valerosamente ha peleado bajo las órdenes de V. M. Por mi parte he destinado al general Moltke para tratar este asunto. El buen hermano de V. M. Guillermo. Delante de Sedán, 1.º de septiembre de 1870.» Fué elegido para sitio de las negociaciones Donchery, adonde se trasladaron, por parte de los alemanes, Moltke y Bismarck, y de los franceses, Wimpffen y Castelnau. Wimpffen se esforzó en obtener concesiones para sus tropas; pero Moltke le hizo ver que los 80.000 franceses estaban cercados por un número triple de alemanes, y que la artillería alemana podía reducir á escombros la fortaleza en menos de dos horas; que sólo había víveres para un día y casi ninguna munición de guerra, por manera que prolongar la resistencia, sería dar lugar sólo á una carnicería inútil, cuya responsabilidad correspondería á quien no la hubiera impedido. Bismarck añadió que la situación insegura de París hacía imposible dejar marchar á la tropa bajo su simple promesa de no volver á hacer la guerra contra Alemania, porque como había sucedido otras veces, un nuevo gobierno desligaría pronto á la tropa de esta promesa. Wimpffen no pudo resolverse á aceptar las condiciones prusianas. Entonces tomó el general Castelnau la palabra y dijo con voz entrecortada: «Creo que ha llegado el momento de cumplir el encargo del emperador.» «Estamos escuchando á usted, mi general,» contestó el conde de Bismarck. «El emperador, continuó entonces Castelnau, me ha encargado observar á S. M. el rey de Prusia, que le ha enviado su espada sin condiciones y se ha entregado á su merced personalmente, pero sólo con la esperanza de que al rey le conmoviera esta entrega incondicional; que apreciara este sacrificio en su verdadero valor, y que en su vista concedería al ejército francés una capitulación más honrosa, como la ha merecido por su valor.»

Cuando hubo acabado, le preguntó Bismarck: «¿Es eso todo lo que tiene usted que decir?» A lo cual contestó el general francés afirmativamente, y Bismarck continuó preguntando: «¿De quién es, pues, la espada que el emperador Napoleón III ha entregado? ¿Es la espada de Francia ó la espada particular de Napoleón? Si es la espada de Francia, pudieran suavizarse notablemente las condiciones, y el mensaje de usted adquiriría una importancia especial y extraordinaria.»

«Es únicamente la espada del emperador,» contestó el general francés.

«En ese caso, repuso el general Moltke, no se cambia nada de las condicio-

nes respecto de Francia; pero al emperador se le concederá para su persona cuanto pueda pedir.» «Volvemos, pues, á la lucha,» exclamó Wimpffen. Moltke contestó: «Mañana á las cuatro termina el armisticio. A las cuatro en punto romperé el fuego.» Se levantaron los franceses, pero Bismarck volvió á tomar la palabra, y tras animada discusión, Moltke concedió de plazo hasta las nueve de la mañana. De regreso á Sedán corrió Wimpffen á ver al emperador, que ya se había acostado, y le dijo: «Señor, nos imponen para el ejército las condiciones más duras. En vano he procurado alcanzar otras más favorables. Cuento sólo ahora con su intervención personal para salir lo mejor que podamos de nuestra situación terrible.» Napoleón, enterado de todo, prometió pasar á las cinco de la mañana al cuartel general alemán y alcanzar del rey personalmente condiciones menos duras. Hecho esto, Wimpffen reunió á treinta y dos generales en un consejo de guerra, que declaró por unanimidad, menos dos votos, que era imposible continuar la lucha, y que la capitulación, aunque dura, era una necesidad absoluta.

Napoleón se dirigió muy temprano en un coche de alquiler de dos caballos, acompañado del príncipe de la Moskowa y de algunos otros generales, á las avanzadas prusianas, precedido del general Reille para avisar al conde de Bismarck en su llegada. Bismarck salió á recibir al emperador, á quien encontró cerca de Fresnois; y siendo imposible satisfacer su deseo de ver inmediatamente al rey, que se hallaba á tres leguas de allí, en Vendresse, puso Bismarck á su disposición su alojamiento en Donchery. Antes de entrar en la población deseó el emperador bajar del coche y descansar en una casita de obrero, aislada, donde en un cuartito, en el que no había más que una mesa y unas cuantas sillas de junco, celebró una entrevista de una hora con Bismarck, procurando obtener condiciones más favorables para el ejército. Bismarck eludió todo compromiso, declarando que respecto de asuntos militares sólo Moltke era competente. Entonces dió otro giro á la conversación y preguntó si había posibilidad de entrar en negociaciones de paz; pero Napoleón le hizo observar que sólo la regente, rodeada de los ministros y de las Cámaras, podía tratar con completa independencia. Bismarck dijo que, según lo que conocía el carácter francés, jamás perdonaría á los alemanes sus triunfos y la paz sólo sería una tregua; á lo cual contestó Napoleón que esto dependía de las condiciones alemanas, y que si llevaban el sello de aquella generosidad de que había dado pruebas el emperador Alejandro en 1815, la paz podría ser duradera. La conversación había tomado un giro desagradable, y necesitado sin duda Napoleón de aire libre, propuso seguir la conversación fuera de la casa, y así lo hicieron, sentándose los dos delante de la puerta, uno al lado del otro. A las ocho llegó Moltke, á quien suplicó el emperador que aplazara las discusiones militares hasta que él hubiera hablado con el rey personalmente, pues esperaba alcanzar algunas concesiones á favor del ejército. Moltke no prometió nada, pero ofreció ir al cuartel general y enterar al rey del deseo de Napoleón.

Un testigo presencial, Mauricio Busch, dice que vió salir detrás de la casita á un hombre de pequeña estatura, con un kepis encarnado y adornado de un galón de oro; llevaba también pantalones encarnados y un sobretodo negro con capucha y forrado de encarnado. Aquel hombre se puso á conversar con los oficiales franceses que estaban sentados al lado de la carretera, en el sendero que lindaba con un campo de patatas. Llevaba guantes blancos y fumaba un cigarro: era el emperador. «Pude ver muy bien su cara, añade. La mirada de sus ojos grises tenía algo de lánguida y de soñolienta; el kepis estaba un poco inclinado hacia la derecha, como lo estaba también la cabeza. Las piernas, cortas, no guardaban proporción con el largo del cuerpo. Toda la figura carecía de aspecto militar, porque tenía algo demasiado blando, por no decir fofo, para el uniforme que llevaba. Al verle se le podría creer capaz de mostrarse sentimental en ciertas ocasiones. Todas estas observaciones se imponían á uno cuanto más miraba á aquel hombre bajo, sobre todo si se le comparaba con la figura elevada y tiesa de nuestro canciller. El aspecto de Napoleón era el de una persona fatigada, pero no parecía por esto muy abatido ni de tanta edad como yo me había figurado; se le habría podido tomar por un hombre bien conservado que había pasado de los cincuenta años. Al cabo de un rato se dirigió al jefe, con el cual habló durante unos tres minutos, después de lo cual volvió á pasearse de arriba abajo junto al campo de patatas, sólo, fumando, las manos cruzadas detrás. Después hubo otra corta conversación entre el canciller y el emperador, entablada por el primero, al cabo de la cual volvió á hablar Napoleón con sus acompañantes franceses. Hacia las ocho y cuarenta y cinco minutos se alejaron Bismarck y su primo en la dirección de Donchery.»

Mientras estuvo ausente Moltke, se trasladó Napoleón, á invitación de Bismarck y acompañado por él, á la quinta de Bellevue, cerca de Fresnois, adonde llegó poco después también el general Wimpffen, al cual se había tenido que recordar por medio de un parlamento la conclusión del plazo. Interin se esperaba á Moltke, se encargó el general Podbielsky de continuar con Wimpffen las negociaciones de capitulación; mas la noticia enviada por Moltke, por medio de un oficial, de que el rey sólo quería ver al emperador después de haberse firmado la capitulación, destruyó las últimas esperanzas de los franceses de obtener mejores condiciones. Sin embargo, se concedió libertad á los oficiales bajo su palabra de honor de no luchar más contra Prusia, lo cual agradeció Wimpffen mucho, como un homenaje que los alemanes tributaban al valor de los franceses.

Al dirigirse á la quinta de Bellevue, adonde se había trasladado el cuartel general alemán, encontró Wimpffen á Napoleón y le preguntó: «¿Qué ha alcanzado V. M., señor?» «Nada, contestó el emperador, el rey no quiere recibirme.» «Entonces está perdido todo y no puede aplazarse el convenio por más tiempo,» dijo el general, y entró en la quinta, donde estaba todo preparado para la firma del convenio, tal como había sido redactado la noche anterior y tal como el rey lo había aprobado en Vendresse. A las once se firmó la capitulación por

Moltke, que había regresado de Vendresse, y Wimpffen. Estaba redactada en estos términos:

«Convenio. Entre los abajo firmados, el jefe del Estado mayor de S. M. el rey de Prusia, general en jefe del ejército alemán, y el general en jefe del ejército francés, ambos con plenos poderes, ya del rey Guillermo, ya del emperador Napoleón, se ha pactado el siguiente convenio:

»Artículo 1.º El ejército francés á las órdenes del general Wimpffen, encerrado en el momento presente en Sedán por fuerzas superiores, es prisionero de guerra.

»Art. 2.º En consideración á la valiente defensa de este ejército, quedan exceptuados de esta condición todos los generales y oficiales, así como todos los funcionarios superiores con categoría de oficial, si se obligan bajo palabra de honor por escrito, á no hacer armas contra Alemania hasta el fin de la presente guerra, y á no hacer nada de ninguna manera contra los intereses de Alemania. Los oficiales y funcionarios que acepten estas condiciones, conservarán sus armas y su propiedad particular.

»Art. 3.º Todas las demás armas y todo el material del ejército, como banderas, águilas, estandartes, artillería, caballos, cajas de guerra, carros del ejército, minuciones, etc., serán entregados en Sedán á una autoridad militar nombrada por el general en jefe francés, para que esta autoridad los entregue sin demora al plenipotenciario alemán.

»Art. 4.º Hecho esto, será entregada la fortaleza de Sedán en su estado actual, lo más tarde al terminar el día 2 de septiembre, á S. M. el rey de Prusia.

»Art. 5.º Los oficiales que no acepten la obligación marcada en el art. 2.º, así como toda la tropa desarmada, serán conducidos por regimientos y ordenados militarmente, á su destino. Esta medida empezará á realizarse el 2 de septiembre y quedará terminada el 3 del mismo mes. Las secciones (prisioneras) serán conducidas al terreno rodeado por el Mosa cerca de Iges y entregadas á los apoderados alemanes por medio de sus oficiales, los cuales pasarán después la orden á los sargentos.

»Art. 6.º Los médicos militares quedarán, sin excepción, para encargarse del cuidado de los heridos.

»Dado en Frenois el 2 de septiembre de 1870. — *Moltke. — Wimpffen.*»

A la firma de este documento histórico asistió también el conde de Bismarck. A las once y media éste y el general Moltke lo entregaron al rey, que los aguardaba en las alturas que se elevan sobre Frenois, y poco después llegó Guillermo, acompañado del príncipe heredero, á Bellevue, y tuvo con el emperador una entrevista á solas. Al preguntar el rey qué intenciones tenía Napoleón, se puso éste á la merced del vencedor, y el rey expresó en términos vivos lo mucho que sentía la situación de su adversario vencido, y añadió que sabía muy bien cuánto le había costado el decidirse á la guerra. Con-

firmó Napoleón este aserto diciendo que había cedido á la opinión pública, á lo cual replicó el rey que las personas escogidas por Napoleón para consejeros suyos, tenían la culpa de que la opinión pública hubiera tomado esta dirección. A la pregunta del rey de si Napoleón deseaba entrar en negociaciones, contestó éste excusándose con el gobierno de París. La elección de Wilhelmshole, cerca de Cassel, para residencia suya le satisfizo mucho; pero haciendo un gesto convulsivo y doloroso retrocedió un paso cuando supo que no había sido el ejército del príncipe Federico Carlos el que había tenido enfrente, pues el príncipe se hallaba á la cabeza de siete cuerpos delante de Metz. Hubiera sido un consuelo para Napoleón haber sido vencido por todo el ejército alemán. Admitió la alabanza que hizo el rey Guillermo del valor del ejército francés, pero se lamentó de su falta de disciplina y elogió la artillería prusiana como la primera del mundo, á la cual no habían podido resistir los franceses. Al cabo de un cuarto de hora salieron los dos monarcas de la estancia y se les acercó el príncipe heredero. Al verle, el emperador le alargó una mano, mientras con la otra se enjugaba las gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas. Conmovido y agradecido, habló de la bondad y generosidad que el rey le acababa de mostrar. El príncipe le preguntó con cariño si había podido descansar un poco durante la noche, después del día terrible anterior, á lo cual el emperador contestó que el cuidado de los suyos no le había dejado descansar; y al expresar luego el príncipe su sentimiento de que la guerra hubiese tomado un carácter tan sangriento, dijo el emperador que era una verdad tanto más terrible cuanto que no se había querido la guerra. Añadió que hacía ocho días estaba sin noticias de la emperatriz y de su hijo, y suplicó que se le permitiese telegrafiar en cifra, y concedido el permiso, telegrafió á la emperatriz: «El ejército está derrotado y prisionero. Yo mismo soy prisionero de guerra.»

La partida del emperador fué aplazada, á causa de los preparativos necesarios, para el día siguiente, 3 de septiembre, y entonces, acompañado por el general Boyen, ayudante general del rey, por la mayor parte de los oficiales de su séquito y por un escuadrón de húsares, fué conducido al través de las líneas prusianas á la frontera belga. Por la noche llegó á Bouillon, donde fué recibido por la población con expresión de simpatía, y el día 4 continuó el viaje hasta Verviers, y allí supo á la mañana del día siguiente el estallido de la revolución en París. Bajo la impresión de esta nueva catástrofe llegó por la noche á Cassel, separado de su hijo é ignorando lo que había sido de la emperatriz. Le recibieron el gobernador civil y el comandante general militar, y fué conducido en coche á Wilhelmshohe, la antigua residencia de su tío Jerónimo, el ex rey de Westfalia.